

IN MEMORIAM

In memoriam José María Camacho Rojo (1958-2018), *homo litterarum*

Pedro Pablo FUENTES GONZÁLEZ
Universidad de Granada

El 26 de febrero de 2018 perdió la Universidad de Granada muy a destiempo a un excelente profesor de Filología Griega, a José María Camacho Rojo. Su pérdida, irreparable por tantas razones de índole académica y científica, constituye además una realidad dolorosa para aquellos que, como quien escribe estas líneas, teníamos en él, mucho más que a un colega, a un amigo de los de verdad. Como actual director del Departamento que fue el suyo durante más de treinta años, me corresponde el deber de redactar, en nombre de todos sus compañeros, estas páginas en la revista a la que tan unido estaba desde sus orígenes, pero confieso desde ahora que me resultará imposible hacerlo sin poner de manifiesto mis más profundos y personales sentimientos hacia él como amigo (hermano mayor del alma). Reprimirlos aquí no sólo sería para mí un ejercicio imposible sino que dejaría privada esta modesta semblanza de su dimensión, creo, más valiosa.

José María (no podría referirme a él de otro modo) había nacido el 23 de noviembre de 1958 en tierras manchegas, en un pequeño pueblo de Ciudad Real, Moral de Calatrava. Sus orígenes eran para él un preciado tesoro, y se llenaba de emoción hablando de su infancia en las calles, campiñas y cerros de su querido pueblo del Campo de Calatrava, y de lo mucho que allí se le quería y apreciaba¹. José María amaba profundamente la tierra que le vio nacer y a la que volvía siempre con placer y orgullo. En ella pudo cursar el entonces llamado Bachillerato Elemental (1970-1974). Quisieron por desgracia los hados que

1. No en vano el pasado 13 de octubre (2018) el Excmo. Ayuntamiento de Moral de Calatrava organizó un homenaje en su memoria, como uno de sus hijos ilustres.

tuviera que sufrir muy pronto, con tan sólo 13 años, el durísimo zarpazo de la pérdida de su madre, Calixta, a la que tan unido estaba. La fecha de su muerte, el 1 de agosto de 1972, la tenía grabada a fuego en la memoria, y me la refirió en varias ocasiones. Por estas circunstancias adversas, José María tuvo sin duda que aligerar el abandono de la infancia, como pronto tuviera también que abandonar su hogar para continuar formándose lejos de los suyos. En efecto, nacido en el seno de una familia humilde, el estudio que con tanta fuerza le llamaba pasaba necesariamente por aceptar una beca en la Universidad Laboral de Córdoba, donde realizaría, como interno, los cursos del Bachillerato Superior (1974-1977). El gran orgullo y el afecto profundo con que recordaba continuamente su paso por esta institución, su trato con sus profesores y sus compañeros laborales, eran la prueba viviente de que fue para él un momento decisivo en su vida. Desde la Laboral pudo visitar, en julio de 1975, Barcelona y París, ensanchando su mundo. Pero desde allí pudo sobre todo reforzar sus vínculos más íntimos con el estudio, y más concretamente con la literatura, con la castellana que ya lo deslumbrara desde la infancia (con los textos sobre todo de Miguel de Cervantes y Antonio Machado) y cada vez más también con la grecolatina.

Desde muy niño estuvo en verdad marcado en lo más hondo de su ser por la literatura, y tuvo sin duda en las letras a sus principales aliadas para la vida. Era José María en efecto ante todo un hombre de letras, pero no en un sentido puramente erudito sino en un sentido profundo y vital, un ciudadano comprometido de la República de las Letras. Así como nos cuentan los antiguos que el filósofo Crates, oriundo de Tebas, se consideraba a sí mismo en realidad como un ciudadano de su maestro Diógenes², así podríamos afirmar plenamente que José María, oriundo de Moral de Calatrava, era un ciudadano de Cervantes, o de Machado, o de cualquiera de los grandes clásicos grecolatinos, o de cualquier otro de sus más geniales y auténticos herederos modernos, como un Constantino Cavafis o un Federico García Lorca. José María vivía y respiraba su propia existencia con más intensidad y a pleno pulmón en los textos de todos ellos, como sus verdaderos maestros. Y en cierto modo se diría que se veía a sí mismo como un personaje literario, a imagen y semejanza de sus admirados creadores.

No en vano, en un escrito publicado en la red el 8 de enero de 2011 dirigido a sus “queridos laborales, entrañables siempre, siempre presentes en la memoria”³, a la hora de esbozar su propio retrato, escogió (por este orden) textos de Cervantes, Machado y Cavafis, presididos todos por el referente de otro de

2. Cf. D.L. VI 93.

3. Cf. <http://camachorojo.blogspot.com/2011/01/retrato.html> o <http://camachorojo.blogspot.com/2011/01>.

sus autores de cabecera, su filósofo preferido, Heráclito de Éfeso, al evocar el tiempo, “ese que nos acompaña y fluye y pasa irreparablemente”.

En otro escrito publicado en la red, escribía José María, evocando de nuevo los años de la Laboral y citando el *Elogio de la lectura y la ficción* de su también admirado Mario Vargas Llosa⁴:

Sí. La lectura. Los juegos de y con las palabras. Por fortuna, allí, en la Laboral, estaban los libros, las palabras. Y aprendí, leyendo. Aprendí que “vale la pena vivir, aunque fuera sólo porque sin la vida no podríamos leer”. Aprendí también que “igual que escribir, leer es protestar contra las insuficiencias de la vida”. Y aprendí que “la buena literatura tiende puentes entre gentes distintas y, haciéndonos gozar, sufrir o sorprendernos, nos une por debajo de las lenguas, creencias, usos, costumbres y prejuicios que nos separan”, porque “la literatura crea una fraternidad dentro de la diversidad humana y eclipsa las fronteras que erigen entre hombres y mujeres la ignorancia, las ideologías, las religiones, los idiomas y la estupidez”.

Sí, José María sentía y vivía sobre todo como un ciudadano de la República de las Letras. Y esta carta de ciudadanía la continuaría reforzando y ampliando con afán durante los años (1977-1982) en los que cursó la Licenciatura en Filosofía y Letras, especialidad de Filología Clásica, en la Universidad de Granada. Su brillante expediente académico le permitió obtener una beca de investigación del Ministerio de Educación y Ciencia, ingresando como becario en el Departamento de Filología Griega en 1983, para realizar la tesis doctoral titulada *Estudio del vocabulario de la causalidad histórica en la obra de Diodoro de Sicilia* bajo la dirección de su querido maestro (que también fuera el mío), el Prof. Jesús Lens Tuero, al que por desgracia la muerte nos arrebató igualmente a destiempo. No mucho después obtendría ya José María una plaza de profesor no numerario (según la terminología de la época), por lo que compaginó desde entonces esta investigación con la actividad docente, defendiendo su tesis en 1986. En junio de 1988 obtuvo la plaza de profesor titular que ha venido desempeñando en nuestro Departamento durante todos estos años, impartiendo las más diversas materias de Filología Griega.

Tuve la suerte de tenerlo como profesor en uno de sus primeros cursos, concretamente en el curso 1985-1986 en el que nos impartió parte de la asignatura de *Historia del Pensamiento Clásico*. Recuerdo con gran viveza su entusiasmo

4. Cf. Donde habite la palabra. Lecturas (2), en <http://www.elmoraldecalatrava.com/camacho.html>.

juvenil, marcado ya desde entonces por esa vehemencia tan suya que le acompañó durante toda la vida y que, en el aula, tenía la virtud de despertar el interés por los temas que explicaba aguijoneando cuando era necesario (no era desde luego un profesor condescendiente), pero siempre con humor y sin causar daño. Todo ello unido al mayor rigor en la preparación de las clases y a un empeño filológico por darle en todo momento el debido protagonismo a los textos mismos de la Antigüedad. Recuerdo muy en particular su exposición del pensamiento de los presocráticos, y con qué singular fuerza y exaltación revivía los fragmentos de su siempre citado Heráclito.

Cualquiera de los alumnos de tantas y tantas promociones que vendrían después podría evocar sin duda recuerdos e impresiones similares, que nos hablan de un profesor vocacional, de casta y carácter, que no dejaba en modo alguno indiferente a quien lo escuchaba, sino en continua tensión, siempre detonadora de nuevos estímulos y desafíos.

Pues bien, como investigador, José María estaba marcado por ese mismo cuño vocacional y pasional. Pude seguirlo muy de cerca en este ámbito, y me caben el placer y el honor de haber compartido con él la elaboración de hasta seis trabajos conjuntos.

Su tesis doctoral sobre el vocabulario de la causalidad histórica en Diodoro de Sicilia marcó claramente una de sus líneas de investigación, tan certera y sabiamente abierta en nuestro Departamento por D. Jesús Lens: la del estudio de los textos de la tradición historiográfica griega, en particular de los autores conservados de modo fragmentario. Sin embargo, José María se sentiría especialmente identificado con otra línea de investigación que ejercía sobre él desde muy pronto una fuerte atracción personal: la del estudio de la tradición clásica en las literaturas hispánicas o iberoamericanas, como él gustaba denominar.

Dejo para otro momento el relato preciso y completo de su producción científica, y me limito a referir aquí algunos rasgos esenciales que la caracterizaron desde el principio. He referido ya la dimensión pasional y vocacional, y es que a José María nunca le preocupó ni le interesó la investigación como un puro ejercicio tendente a la consecución de méritos (llámense *sexenios* o de otro modo) sino como la satisfacción de su propia curiosidad científica, como un acto de gusto y de necesidad personales. De ahí la multiplicidad de su intereses, bien patente en lo relativo al estudio de la tradición clásica. José María prodigaba su azada de investigador sobre todo en aquellos campos en los que se sentía más a gusto, y con especial dedicación en todo lo que tuviera que ver con el legado grecolatino revivido en las literaturas iberoamericanas. Y así cultivó con tanto ardor como fina pericia el estudio de la obra de autores tan diversos como Emilio Prados (1985), Jorge Luis Borges (1987), Antonio Machado (1988), Federico

García Lorca (1990), Francisco de Quevedo (1994), Miguel de Unamuno, Luis Cernuda, Juan Gil-Albert, Antonio González, y de nuevo Machado, Prados y Borges (1996), José Bergamín, Torrente Ballester (2003, 2010), María Zambrano (2010, 2012) o Julio Herrera y Reissig (2013).

En el campo de la tradición clásica cabe citar en un lugar especial, por su solidez y especial proyección internacional, su edición del volumen colectivo sobre *La tradición clásica en la obra de Federico García Lorca*, publicado por la editorial de la Universidad de Granada en 2007, donde reunía con pulcritud y de modo perfectamente estructurado una significativa selección de los artículos más relevantes aparecidos hasta la fecha sobre la tradición clásica en la obra del insigne poeta granadino, precedidos por una extensa introducción en la que exponía y analizaba con autoridad el estado de la cuestión. Un ambicioso proyecto similar sobre su querido Machado se le quedó lamentablemente en el camino.

Y cabe citar igualmente, por su extraordinaria utilidad como instrumento al servicio del desarrollo de la investigación sobre la tradición clásica (en nuestro país y fuera de él), sus publicaciones de tipo bibliográfico. Cultivó también José María en efecto con generosidad y esmero este género de trabajos que no siempre gozan del debido respeto y reconocimiento en el marco de las publicaciones científicas. Él, en cambio, los tenía en la más alta estima, y aquí coincidíamos plenamente, como en tantas cosas. Obvio es decir que su visión del trabajo bibliográfico, lejos de consistir en el trazado de un puro listado de referencias, implicaba las mayores exigencias desde el punto de vista analítico y crítico, y en este sentido, su referente y modelo fue siempre *L'Année Philologique*. Por cierto, tuve la suerte de que José María colaborara conmigo durante el primer año (2000) en que asumí la dirección de la Redacción Española de *L'Année Philologique* en nuestra Facultad, participando en la redacción del t. 70 (publicado en 2001).

Los estudiosos de la tradición clásica en nuestro país echaran sin duda en falta en adelante sus entregas de actualización bibliográfica. Tras un primer artículo aparecido en 1991 en *Florentia Iliberritana*, publicó un pequeño volumen en 2004 en la editorial de la Universidad de Granada (*La tradición clásica en las literaturas iberoamericanas del siglo XX: bibliografía analítica*), y con posterioridad sucesivas ampliaciones en esta misma revista (2008, 2011, 2012). Desde la Redacción Española de *L'Année Philologique* y en su memoria procuraré modestamente mantener vivas estas actualizaciones en el futuro.

Como ya he apuntado, tuve la suerte de poder compartir con José María la realización de una serie de trabajos de investigación. En los últimos tiempos fue sobre todo en el marco de las colaboraciones que le propuse (y de las que tan orgulloso estaba) en el *Dictionnaire des Philosophes Antiques* editado por R. Goulet y publicado por el Centre National de la Recherche Scientifique, como,

por ejemplo, en el artículo «Mégasthène» (2005) o «Pythéas de Marseille» (2012).

Cualquiera de las publicaciones de José María nos habla de un quehacer filológico impecable. Y, como digo, puedo dar fe cumplidamente de que ello era así desde la primera línea hasta que el trabajo era enviado para su publicación y sometido a la ulterior corrección de pruebas. El rigor metodológico ante todo, el más acabado y sólido diseño argumentativo y lógico (los trabajos de José María tienen una arquitectura minuciosa y casi matemática⁵), y la más escrupulosa atención a los detalles formales (aquí también nos entendíamos a la perfección) marcan todas y cada una de las publicaciones donde figura su firma. Ahí están para demostrarlo. Para mí fue todo un placer y un privilegio compartir en tantas ocasiones el trabajo de investigación con él, en un diálogo siempre franco y mutuamente enriquecedor.

Pero como más brilló José María en este mundo fue sobre todo como hombre, como ser humano de carne y hueso, por más que adornado siempre con ese halo literario que tan interiorizado tenía. Y como ser humano pude conocerlo a fondo a lo largo de más de treinta años de sincera e inalterable amistad. Era amigo de los de verdad, de los que muy rara vez se encuentran en la vida, de los que constituyen el mejor tesoro que se pueda tener, y fue para mí un orgullo que me tuviera también siempre como tal.

En el pie de la orla de su promoción de 6º de Bachillerato de Letras, reza esta cita que bien pudo haber inspirado e incluso haber escrito él mismo: «[Scipio] nihil difficilius esse dicebat quam amicitiam usque ad extremum vitae diem permanere»⁶. Y, en cualquier caso, en ese difícil cultivo de la verdadera amistad hasta el último día de la vida fue maestro. Nuestra amistad se mantuvo viva desde luego hasta el último día de su vida, y en mí perdura y perdurará siempre hasta el último día de la mía.

Era ciertamente un hombre profundo y complejo, para quien la amistad estaba muy lejos de toda fácil superficialidad, como lo estaba para Antístenes y Sócrates, o para Diógenes y Antístenes. Y era sin duda un hombre marcado por un fuerte sentimiento de angustia, en constante lucha desigual con fieros gigantes interiores. Es en este sentido significativo que uno de sus poemas de juventud,

5. Lo vemos ya en el trabajo académico titulado *El hombre y su enigma: comentario de "Retrato"*, Antonio Machado que presentó en el curso 1976-1977 a su profesor de Literatura Española en la Laboral de Córdoba, Santiago Pérez Gago (el Padre Gago, 1933-), dominico, uno de los profesores que sin duda más le influyó, que acabaría siendo profesor titular de Estética en la Universidad de Salamanca, donde se doctoró justamente con una tesis sobre Machado: cf. <http://www.elmoraldecalatrava.com/camacho1.html>.

6. Cf. Cicerón, *De amicitia* 33.

que obtuviera el primer premio en el V Certamen celebrado en la Universidad Laboral de Alcalá de Henares en 1977, lo titulara *Teorema de la angustia inseparable*⁷, donde se lee:

No sé si es la vida o la muerte quien me llama;
 si son sueños de sombras los cuerpos que caminan;
 si es la vida o la voz,
 ahogada en su lamento...
 No.
 Es sólo la inseparable angustia que nunca desfallece.
 ¡Que no desfallece!
 [...]
 La angustia.
 La terrible, la inseparable angustia,
 carcoma silenciosa de muerte prolongada,
 ensordecedor océano de noches sin estrellas.
 [...]

Poema con ecos claros de su admirado Píndaro⁸, al que tuvo muy presente en los postreros meses de su vida:

¡Seres de un día! ¿Qué es uno? ¿Qué no es? ¡Sueño de una sombra
 es el hombre! Pero si llega la gloria, regalo de los dioses,
 hay luz brillante entre los hombres y amable existencia.

José María no perseguía la gloria, pero conservó siempre en su alma, siguiendo el dictado de Cavafis, la idea de *su Ítaca*. Ilusiones, sueños, proyectos (conclusos o inconclusos) que le acompañaron siempre, incluso en los momentos más difíciles del último año de su vida. Puedo dar fe aquí cumplidamente de ello, como puedo dar fe de la impresionante entereza con la que afrontó su enfermedad desde el preciso instante, que compartí con él, en que le fue comunicada. A lo largo de los sucesivos meses, me dio y nos dio a todos cuantos lo frecuentamos una sobrecogedora lección de fuerza y de vida.

Ítaca, sí, siempre tuvo muy presente los versos del poema de Cavafis, de los que él mismo realizara una versión libre⁹:

7. Cf. <http://www.elmoraldecalatrava.com/teorema.pdf>.

8. Cf. *Pítica* VIII 95-97 (trad. A. Ortega).

9. Cf. <http://www.elmoraldecalatrava.com/camacho.html>.

A Ítaca cuando emprendas tu viaje
 pide que el camino largo sea,
 de peripecias lleno, lleno de experiencias.
 A lestrigones, a cíclopes, no los temas;
 al irascible Posidón, tampoco.
 En tu ruta no tropezarás con tales monstruos.
 Nunca tendrás en el camino esos encuentros
 si tú, tú, llegas a ser tú,
 la mirada alta, libre el pensamiento,
 ignorados los conjuros todos.
 [...]
 A Ítaca
 mantenla siempre en tu memoria.
 Llegar allí, ahí está tu destino.
 Mas no hagas con prisas tu viaje.
 Mejor será que dure muchos años,
 que, viejo ya, arribes a tu siempre joven isla,
 viejo tú. Y rico.
 Rico con cuanto habrás ganado en el camino.

Malditos salvajes lestrigones y cíclopes que con fiereza y ensañamiento os interpusisteis en el camino de regreso a su Ítaca, a la patria de sus sueños, a su República de las Letras, de esas que son, como bien dijera su admirado Vargas Llosa, una protesta contra las imperfecciones y las insuficiencias de la vida, de esas que son capaces de crear una fraternidad entre todos los hombres, y de esas que tienen el poder de eclipsar las fronteras de todo tipo (físicas y no físicas), la ignorancia y la estupidez.

«Todo fluye [pasa]», «Somos y no somos», como dijera tu Heráclito¹⁰. Descansa en paz, y hasta siempre, mi querido amigo.

10. Cf. DK 22 A 6, B 49a.